

«MIGUEL SERVET ENCARNA EL CAMBIO SIN MIEDO»

El abogado y director del Instituto de Estudios Sijenenses habla del legado del sabio renacentista cuando se celebra el quinto centenario de su nacimiento

S

ergio Baches nació en Barcelona en 1970. Sus padres, empleado en varias fábricas él y ama de casa ella, eran de Villanueva de Sijena y se habían emigrado en los años 60. La circunstancia de su origen sería determinante en su vida: los veranos y las vacaciones las pasaban en la localidad aragonesa y allí percibía, además de la libertad de la naturaleza, dos presencias muy especiales. Casi totalizadoras. La del Real Monasterio de Sijena, tan evocador e inscrito en las caligrafías del tiempo, y la figura de Miguel Servet (Villanueva de Sijena, 1511-Ginebra, 1553), aquel sabio lejano que había sido tantas cosas y que había muerto en la hoguera en Ginebra, dicen que a fuego lento de leña verde en medio de pavorosos gritos. Sergio Baches, que ha vivido en Bruselas, en Lovaina, en Barcelona y en Nueva York, sintió la llamada de la tierra y adquirió una casa en Villanueva, donde ha instalado «una isla» de reclusión, de estudio y de concentración que es su biblioteca, donde hay muchos libros de ensayo, historia y filosofía, pósters, recuerdos, tazas y esas fotografías que dejan constancia de

las expediciones del existir. Ahora, además, es el director del Instituto de Estudios Sijenenses 'Miguel Servet', que estudia y difunde en España y en el extranjero la vida y la obra del humanista, y que atiende «al estudio y la defensa de la historia y el patrimonio presente y emigrado del monasterio». Dice Baches: «Ese rincón de biblioteca, no demasiado grande, es como un brillo en mi vida: tiene algo de pequeño museo íntimo».

¿Cómo fue su vida en Barcelona?

Mi familia había vivido una de las grandes fracturas de la sociedad española: el paso de una existencia rural, apacible, a otra más vertiginosa y urbana. Eran gente de extracción humilde. Yo he vivido mucho, cuando menos mentalmente, en Villanueva. No acababa de adaptarme a Barcelona: tenía la sensación de que la gran ciudad era deshumanizada. Y me sentía muy feliz en Villanueva...

¿Por qué?

No lo sé, pero me ocurría en todo. Por ejemplo, en las fiestas de verano. Me encantaban. Era muy feliz. Sin embargo, en fiestas como las de la Mercè no me sentía integrado. Eran más impersonales.

Texto
ANTÓN CASTRO
Foto
OLIVER DUCH

¿Qué se decía de Servet?

En los 80 y 90 era famoso sobre todo por el descubrimiento científico de la circulación pulmonar de la sangre que se describe en 'Restitución del Cristianismo', redactado en latín y publicado en 1553. Creía que ese era su principal mérito, más que sus principios teológicos o su defensa de la libertad de expresión.

¿Qué le interesaba a usted, cómo se divertía?

Me gustaba mucho el montañismo. Nunca me ha gustado el espíritu de los deportes gregarios. Ahí no me siento cómodo. Me gusta la escalada, donde también viajas con compañeros que en algún momento pueden salvarte la vida. El montañismo es un deporte que te permite construir y solidificar un carácter. Una lucha contigo mismo y con la naturaleza y en soledad en muchos momentos decisivos. Hacía alta montaña en el Pirineo, en la sierra de Guara; con algunos compañeros, nos atrevíamos con los cañones del Vero. A los dieciséis años hice con un amigo un recorrido de diez días por los Pirineos en bicicleta de carretera: Sabiñánigo, Biescas, Valle de Ordesa, Torla, Broto... Recuerdo que mi madre no me quería dejar ir. Fue todo un descubrimiento.

¿Cómo entró, de modo más consciente, Miguel Servet en su vida?

En realidad, siempre estaba ahí como una presencia, como una leyenda. Cuando hacía segundo de BUP leí la biografía de Barón Fernández, 'Miguel Servet. Su vida y su obra' (Espasa, 1970), y me gustó el personaje por ese carácter

tan polifacético. A los veinte años me incorporé como consejero al Instituto de Estudios Sijenenses... A mí Servet me interesa por su rebeldía y por su heterodoxia. Era un hombre inteligente y sensible que no quería revolucionar a toda una sociedad...

¿Ah, no?

Él buscaba la revolución de los corazones. Eso es lo que pretendía sin importarle tanto las estructuras políticas que le rodeaban. Y luego me conmovían sus ansias de aprender, su curiosidad. Hay algo de él que siempre ha sido un modelo para mí: por lo regular a los seres humanos no nos gusta demasiado realizar cambios en nuestros hábitos. Y él cambiaba de profesión, de ciudad, de hábitos, incluso de amigos: Servet encarna el miedo sin miedo alguno. Yo concibo la vida como un aprendizaje constante, un ejercicio de superación, como una continua mudanza, a pesar del coste personal que pueda tener. Y así he intentado conducirme en la vida.

¿Qué ha hecho exactamente?

Cuando he visto que ya dominaba algo, que me había estabilizado, he asumido nuevos retos y aventuras. Cuando me siento cómodo con una situación laboral, hay algo que me dice que me debo ir.

¿Por eso se fue a estudiar fuera de España?

Desde luego. Vivir es aventurarse. Siempre he pensado que una experiencia muy interesante es comparar tu cultura con otras culturas, comparar tu país con otro, conocer otras gentes y otras lenguas. Supongo que todo ello también explica mi inclinación hacia el Derecho: se me daban mal las ciencias y elegí una carrera que englobaba otras disciplinas. Con el Derecho conoces la vida real de las empresas, mantienes una relación de confianza con los clientes, y es una carrera que abraza un conocimiento muy completo.

Le atajo: después de estudiar y licenciarse en Barcelona, se fue a Lovaina.

Era una universidad con prestigio

El paladín Julio Arribas y un libro inolvidable

Miguel Servet tuvo un auténtico paladín en Villanueva de Sijena: Julio Arribas, antiguo secretario de la localidad, interventor luego en la Diputación de Lérida con casa en la localidad aragonesa. Su pasión por el sabio fue inmensa, casi inefable: en su casa construyó una pequeña capilla en la que tenía una estatua sedente, de un metro de altura, de Miguel Servet. Arribas comenzó a cartearse con historiadores, con estudiosos, e invitó a los 'servetianos' a su localidad. Su inquietud encontró algunas recompensas. «El creó una conciencia colectiva de la importancia de Miguel Servet. Le dedicó muchos artículos y biografías como historiador y divulgador local». Ese interés cuajó en el Instituto de Estudios Sijenenses y en la rehabilitación de la Casa Natal de Servet. Baches dice que en el edificio no hay obras originales de Servet, sí un documento firmado por su padre, y una biblioteca con 600 libros vinculados al sabio y otros 700 del contexto de su época, entre los que tam-

bién se incluyen revistas, artículos. Sergio Baches es mitómano. O al menos un poco. «Solo existen tres ejemplares de 'Restitución del Cristianismo': uno está en Edimburgo, otro en la Biblioteca Nacional de Francia y el tercero lo conservan en Austria. Lo tuve entre mis manos el pasado agosto de 2010. Me impresionó, claro. Ese libro le costó la vida a Servet: el suyo, en cierto modo, puede definirse como 'un suicidio teológico'. Es uno de los libros más raros que existen. Está magníficamente conservado, es más pequeño que una cuartilla, pero tampoco es en octavo. Está escrito en latín, y yo leí la magnífica traducción de Ángel Alcalá y de Luis Betés». Ese volumen invita a una reflexión final a Sergio Baches: «Servet defendía con vehemencia sus ideas. Fue teólogo, astrólogo, médico, impresor, geógrafo... Y ahí también hay otra lección: Miguel Servet nos enseña a huir de la especialización y de la manipulación. Analizó la realidad y la divinidad desde distintos ámbitos», dice.



En el museo. Sergio Baches encuentra su mejor refugio en una suerte de museo íntimo de objetos, recuerdos y libros en su casa de Villanueva de Sijena. Aquí, posa en el Paraninfo, cerca de la estatua de Miguel Servet.

la experiencia en Estados Unidos adquirí un espíritu eminentemente práctico.

He leído que, a su regreso, trabajó usted en el despacho de Roca i Junyent.

En realidad, volví en el año 2000 y, tras distintas experiencias, ingresé en su despacho en 2006, donde fui responsable del Departamento de Derecho europeo y de defensa de la competencia. Disfruté muchísimo, por primera vez fue una excelente experiencia colectiva. Luego me fui a Bruselas y finalmente creé mi propio despacho con un socio, especializado también en Derecho de empresa.

Un poco antes, había aceptado el cargo de director del Instituto de Estudios Sijenenses. ¿Qué se le había perdido allí?

Como ha ido viendo, Servet está muy vinculado a mi propia vida. Servet y su mundo. Servet y Villanueva. Servet y el humanismo. Ya había sido secretario. Un día me llamó el alcalde Alfonso Salillas y me explicó que era el momento de dar un poco más de alcance a la Casa Natal de Miguel Servet y di un paso al frente. Ahora recibimos unas 3.000 visitas al año...

¿Pocas, no?

Pocas, pocas. Esa es otra asignatura pendiente. Vienen grupos escolares, viajeros e historiadores interesados en la vida de Servet, vienen grupos de Estados Unidos o de Canadá, colectivos de 'unitarios' que tienen a Miguel Servet como su primer mártir, asociaciones de amas de casa. Los sijenenses se sienten muy orgullosos de tener un personaje como él.

¿Se está celebrando el quinto centenario del nacimiento de Servet como se debería haber hecho?

Se hacen cosas, sí, se ha hecho un esfuerzo por parte de las instituciones pero no ha estado coordinado. Ni bien planificado. Ha faltado unidad, y nos ha cogido por medio un cambio de gobierno.

¿Qué debería quedar de este año?

Quedarán las obras de teatro, las óperas, los trabajos de Cano, las biografías de Fernando Solsona, de Fernando Martínez Laínez, de mucha más gente..., las monografías específicas. Quedará su amplio legado. Yo de Miguel Servet me quedo con casi todo. Quizá fuera un poco temerario o un poco suicida en su traslado a Ginebra, donde le esperaba su gran enemigo Calvino, pero ha sido un hombre fundamental: es un pionero de la libertad de expresión y de la libertad de conciencia. Aspiró, sobre todo, a la libertad. Creo que no hemos sabido transmitir quién es en realidad en toda su dimensión a pesar del congreso que hemos organizado en Villanueva y Zaragoza: para muchos sigue siendo solo un médico. Es uno de los grandes personajes de esta tierra con Goya, Buñuel, Gracián o Cajal. Fue, como ellos, un renovador de conciencias.

en los estudios de religión y teología, y me fui allí casi como una corazonada. Fui con el programa Erasmus. Estudié Derecho de la Unión Europea; en realidad, no se sentía la presencia de la iglesia. Fue un curso magnífico. Volví dos cursos más tarde, en 1994-1995, para realizar un máster en Derecho Europeo. Y más tarde, tras trabajar en un despacho de abogados en Defensa del derecho de la competencia, conseguí una beca

Fullbright para ir a estudiar a Estados Unidos, a Nueva York.

Así cualquiera...

Es cierto. Cumplí un sueño. Estudié en la Fordham University School of Law: la vi y me pareció como una catedral. Me dije: «Yo quiero estudiar en un sitio así». Imagínese: la vida cultural de Nueva York, una de las capitales decisivas del mundo. Estaba muy cerca del Avery Fischer Hall donde ensayaba la Filarmónica de

«Servet me interesa por su rebeldía: buscaba la revolución de los corazones»

«Concibo la vida como un aprendizaje, como un ejercicio de superación»

Nueva York, y de vez en cuando a los estudiantes nos regalaban invitaciones, las sesiones de jazz, los museos. Nueva York impone por su diversidad y por la fuerza de la gran comunidad extranjera.

Sospecho que el hombre que regresó a España sería otro.

Desde luego. El contacto con otras culturas enriquece mucho. Te enseña a ver y a convivir. Los años de Lovaina y de Nueva York fueron una lección de vida. Y de